

ANDREW GROSS

EL SABOTEADOR

Título original: *The Saboteur*

© 2017, Andrew Gross

Traducción: José Carlos Ramos

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografías de portada: © iStock

Fotografía del autor: © Lynn Gross

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-7096-8

Primera edición impresa en México: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-7061-6

Esta es una obra de ficción. Los personajes, las organizaciones y los acontecimientos que se describen pertenecen por entero al terreno de la ficción o son producto de la imaginación del autor.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Marzo, 1942

El viejo y rechinante ferry a vapor cruzaba el lago bañado por el sol y rodeado por montañas. Construido en 1915, el *Telemark Sun* era una embarcación rápida impulsada por carbón que, con sus cuatrocientas noventa toneladas, seguía siendo capaz de atravesar el lago Tinn de Tinnoset a Mael en menos de hora y media. Aquel día llevaba cerca de sesenta pasajeros y dos vagones de tren en la proa; iba de regreso a la planta Norsk Hydro en Vemork, tras depositar su cargamento en el tren a Oslo dentro de la estación ferroviaria, al otro lado del lago.

Kurt Nordstrum había cruzado aquel lago en barco cientos de veces, pero había dejado de hacerlo desde hacía por lo menos dos años, cuando los alemanes invadieron su país.

Él creció en aquella región, conocida como Telemark, en el su-
reste de Noruega, un área de exuberantes valles llenos de vegetación en verano e interminables explanadas de nieve y hielo en invierno, entre el pueblo de Rjukan y la diminuta aldea de Vigne, en la orilla occidental del lago Møsvatn. Como la mayoría de sus compatriotas, Nordstrum aprendió a esquiar en esas montañas antes de aprender siquiera a montar en bicicleta. Creció cazando y pescando del mismo modo que los niños en otros lugares lo hacen pateando un balón de fútbol. Hasta aquel día la red de cabañas que poblaba la meseta de Hardanger le era tan familiar como las líneas

de las palmas de sus manos. Su padre vivía aún en Rjukan, pero Nordstrum no se atrevía a visitarlo, al menos no de forma directa. Se sabía que Nordstrum era uno de los que habían escapado hacia las colinas para seguir luchando contra los nazis, y era sabido por todos que la policía del partido Nasjonal Samling (NS) vigilaba a los familiares de los miembros de la resistencia con la esperanza de capturarlos. La organización Hirden del NS estaba en todas partes, y sus tácticas eran tan temibles como las de la Gestapo. Los seguidores del dictador Vidkun Quisling, un títere de los alemanes, les dieron la espalda a su país y a su rey para doblegarse ante la autoridad de los nazis. Hacía dos años que Nordstrum había visto a su padre por última vez, y era poco probable que lo viera en este viaje.

En la cubierta de popa, vestido como obrero y equipado con un cinturón de herramientas de carpintería, pero también con una Browning calibre .45, Nordstrum permaneció sentado en la embarcación mientras en el horizonte se vislumbraban las montañas vistas desde su juventud que rodeaban el lago Tinn. Volver a su valle lo hacía sentir bien. Dejó que el sol le bañara el rostro, pues últimamente no lo veía mucho. Desde abril de 1940, cuando Nordstrum abandonó la carrera de ingeniería durante su segundo año de universidad para dirigirse a Narvik y unirse a los británicos que intentaban bloquear la invasión nazi, los cielos azules de Noruega parecieron cubrirse con una permanente nube de plomo. Al inicio lograron contenerlos. Los alemanes concentraban su *blitzkrieg*, la guerra relámpago, en las ciudades. Primero, Trondheim; luego, Bergen; y Oslo cayó en una semana. Después de eso, el rey se retiró, primero a Nybergsund y luego a Elverum, cerca de la frontera con Suecia, donde la gente se arrodillaba en las calles y lloraba. Nordstrum había presenciado demasiadas batallas: en Honefoss, en Klekko y en el valle de Gudbrandsdal. Hacía un año, en Tonneson se había unido a lo que quedaba de una unidad de la milicia, un pequeño grupo de hombres con uniformes raídos que se negaba a rendirse.

—Toma —le dijeron y le pusieron una Krag en la mano, con no más de treinta municiones—. Me temo que eso es todo lo que te toca —dijo el capitán, apenado—. Más vale que no las desperdicies.

Niños, eso es todo lo que eran: niños con rifles y bombas molotov que los hacían hombres, y un único cañón desempolvado de la guerra anterior. Ninguno sabía librar batalla; sin embargo, les hicieron mella a los malditos. Volaron puentes, interrumpieron cadenas y caravanas de abastecimiento, emboscaron a un par de oficiales de alto rango de las ss y aniquilaron a algunos de los traidores quislings. En Haugsbygda, el combate se tornó cuerpo a cuerpo. Usaron navajas y bayonetas cuando se agotaron las balas. Llegó un momento en el que ya no enfrentaban soldados y ametralladoras, sino tanques, artillería y aviones que descendían en picada arrojando bombas. Cascos de cincuenta milímetros caían kilómetro y medio desde el cielo y hacían que sus trincheras volaran por los aires.

—Ahora eres sargento —le dijeron.

Se debía sobre todo a que Nordstrum, quien creció siendo cazador, tenía la mejor puntería y a que había visto mucha sangre derramada. Era alto y fornido, con la frente ancha, el cabello claro y corto, y una especie de actitud decidida en la mirada gris y profunda que, desde su juventud, había hecho que la gente pareciera estar dispuesta a seguirlo. Su aspecto se había endurecido. Aquellos dos años de ver extremidades volar por los aires y a un hombre caer junto a él, derribado por un disparo en la frente, lo hacían parecer diez años mayor.

No obstante, de algún modo seguía con vida. Las líneas se habían roto hacía mucho y la mayoría de sus amigos había muerto. Ya no le quedaba más que hacer lo que pudiera. El rey había logrado llegar a Londres. Nordstrum escuchó el rumor de que ahí estaban formando una especie de Ejército Noruego de Liberación. Inglaterra... Quizás en 1940 habría sido posible llegar hasta allá, cruzando doscientos cincuenta kilómetros a través de la meseta y de devasta-

doras tormentas para llegar a Suecia, para luego abordar una nave neutral. A estas alturas, Londres bien podría ser China. Hizo el viaje a Suecia una vez, tras huir de Narvik; pero, al hallar poco apoyo ahí, volvió para continuar la lucha. Si lograba llegar a Inglaterra sin que lo hundieran en el mar del Norte o sin que la policía sueca lo entregara al grupo equivocado, sí, podría unirse. ¿Y luego qué? Dejar la guerra y entrenar. El Ejército Noruego de Liberación... Debía admitir que no sonaba mal. Sabía que habría un nuevo frente algún día, uno que sería auténtico. Con el tiempo, los Aliados invadirían. Noruega, con sus interminables costas dentadas —las más difíciles de defender en toda Europa—, en realidad era un sensato punto estratégico desde una perspectiva militar. Y la última esperanza de Nordstrum era seguir vivo el tiempo suficiente para formar parte de ello, para recuperar su país. A lo lejos, más allá de los destellos del sol sobre el agua, vislumbró el puerto de Mael. Se había ido de Rjukan para asistir a la universidad hacía unos seis años, cuando aún era un niño; no sabía lo que era cuando volvió.

—Mira. —Nordstrum le dio un pequeño codazo a su amigo Jens, un compañero de lucha también oriundo de la región, y apuntó hacia el familiar anillo de montañas—. Como un viejo amigo, ¿no crees?

—Sería un viejo amigo si volviéramos definitivamente —respondió Jens—. Ahora es más bien una hermosa mujer a la que no podemos tener y que no hace más que incitarnos.

Conocía a Jens de sus años de escuela. Era de Rauland, al norte del país. Los padres de ambos habían sido amigos. Cuando eran niños, jugaron fútbol en equipos contrarios, cazaron y desollaron ciervos juntos; esquiaron en las mismas montañas.

—Hablas como anciano —dijo Nordstrum a manera de reproche—. Tienes veinticinco años. Disfruta la vista.

—Dos años de guerra le hacen eso a cualquier hombre. —A pesar de todo, Jens había logrado conservar su aspecto juvenil—. Ansío volver algún día sin que nadie me dispare y...

—Jens —Nordstrum interrumpió a su amigo a media oración—, mira allá.

Esta vez señalaba a un oficial con el uniforme gris del Hirden que había salido a cubierta como un gallo acicalado, como si las medallas en su pecho fueran producto de su valor en el campo de batalla y no de un nombramiento político. Los quislings tenían el control ahora, nacionalsocialistas que se apoderaron de todo cuando el rey huyó y accedieron gustosos a convertirse en las marionetas de los nazis. Colaboracionistas, traidores que se quedaron en casa espionando a sus vecinos, haciendo arrestos en secreto, regurgitando propaganda en el radio, mientras los valientes luchaban y morían en las montañas. Habían sido tantos los amigos de Nordstrum que la policía quisling había colocado en los paredones para fusilarlos por culpa de datos extraídos de informantes que era inevitable que el estómago se le hiciera un nudo al ver al traidor.

El oficial se les acercó con pasos largos. Tenía el rostro apretujado como un búho, y ojos pequeños y llenos de autocomplacencia debajo de la puntiaguda gorra de oficial; el pecho se le inflaba con su insignificante rango. Se llamaba el Partido de la Unidad Nacional. Unidad en el infierno. Nordstrum le habría escupido gustoso a los pies al verlo pasar si su viaje no tuviera una importancia superior.

—Lo veo —dijo Jens. El hird traía una pistola en el cinturón, pero ellos tenían una Bren en el fondo del bolso de herramientas y la disposición para usarla. Se habían hecho cargo de muchos traidores como aquel en el transcurso del último año—. Solo dame la orden.

—¿Por qué necesitarías una orden mía? —preguntó Nordstrum por lo bajo y le asintió con amabilidad al oficial mientras se acercaba—. Buenos días, señor.

—Buenos días a ustedes. Heil Hitler. —El quisling alzó la mano y también asintió en respuesta.

Jens, un hombre que no parecía necesitar rasurarse, pero que había matado tantos alemanes como Nordstrum, no hizo más que encogerse de hombros cuando el hombre pasó a su lado.

—Porque tú eres el sargento.

«Sargento»... Nordstrum rio para sus adentros. De cualquier modo, su compañía estaba desbandada. Su rango era irrelevante, a pesar de que Jens nunca olvidaba mencionarlo en cada oportunidad.

—Porque prometimos encontrarnos con Einar —dijo Nordstrum—. Ahí tienes una razón, si es que la necesitas. —Le detuvo el brazo a su amigo.

—Cierto, esa es una razón —reconoció Jens con un suspiro de decepción—. Aunque no es muy buena. —Siguieron al quisling, mientras este recorría la cubierta—. Habrá otras oportunidades.

Einar Skinnarland le había enviado un mensaje a Nordstrum a las montañas cercanas al Lillehammer en el que le decía que necesitaba verlo con urgencia. No podía decirle a Nordstrum de qué se trataba, pero su amigo no era la clase de persona que se tomara a la ligera la palabra *urgencia*. Nordstrum lo conocía bien desde que eran jóvenes, y ambos habían asistido a la Escuela de Ingeniería en Oslo, pero Einar, dos años mayor, se había graduado antes de la guerra y ahora ocupaba una buena posición en la represa de Møsvatn, además de tener una esposa y un hijo. «Por favor, ven», se leía en el mensaje. Y eso hizo Nordstrum. No más preguntas, a pesar de que implicaba correr un riesgo considerable. Se encontrarían en un café cercano al muelle de Mael, en la orilla oriental del Tinn, cerca de donde atracaba el ferry.

Después de eso, ni Jens ni él tenían idea de a dónde se dirigirían. Era probable que buscaran alguna unidad en las montañas a la cual unirse. Nordstrum tenía nombres de personas a las que podía contactar. En ese tiempo, uno debía ser muy cuidadoso con lo que hacía. Los nazis habían adoptado una política de cuarenta a uno en lo que respectaba al sabotaje: reunir y ejecutar a cuarenta ciudadanos inocentes por cada alemán asesinado. Proteger a los lugareños era

esencial para Nordstrum, como lo era para cualquier noruego auténtico. ¿Por qué lucharían, si no? ¿Importaba en verdad si eran cuarenta soldados muertos en la lucha por recuperar su país o cuarenta inocentes fusilados en un paredón? Cuarenta muertos eran cuarenta muertos. Nordstrum había presenciado la implementación de dicha política con sus propios ojos y aún cargaba ese dolor. No quería ser quien les causara ese mismo daño a otras personas. Eso no lo sacaba de la jugada; solamente cambiaba las reglas un poco y lo hacía desprestigiar a los traidores aún más. Solo debían ser cuidadosos con lo que realizaban.

En un extremo de la cubierta, el quisling se acercó a una mujer joven con un niño a su lado. Tenía cabello oscuro y piel morena, y desvió la mirada al ver pasar al oficial, lo cual era, para esas sabandijas, como miel para las moscas.

—¿Me permite ver sus papeles, por favor? —El oficial se detuvo junto a ella y extendió la mano.

—¿Señor?

—Sus papeles —repitió el hird mientras sus dedos los exigían con impaciencia. Asustada, la mujer cargó al niño con un brazo mientras con el otro escarbaba en su bolso hasta que por fin pudo extraer su tarjeta de identificación—. «Kominic»... —El quisling miró la fotografía en la tarjeta y luego otra vez a la mujer—. ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Gitano? ¿Judío?

—Eslavo —contestó la mujer en noruego—. Pero verá que soy de Oslo. Llevo a mi hijo con su padre, que trabaja en Rauland.

—Su noruego es bastante bueno, señora —dijo el quisling—. Pero me queda claro que usted no tiene sangre noruega. ¿A qué se debe, entonces?

—Por supuesto que es bueno, señor. He vivido en Noruega toda mi vida —respondió ella con un dejo de nerviosismo en la voz—. Soy tan noruega como usted. Lo juro.

—Sí, bueno, pues tendremos que verificarlo al llegar a Mael. —El quisling miró la tarjeta de identificación una vez más—. No

desembarque hasta que me vea, señora. De otro modo, no tendré más alternativa que entregarlos a usted y al niño a las autoridades del puerto.

El miedo se disparó en los ojos de la mujer. Su hijo, al sentir la agitación de la madre, comenzó a sollozar.

—Por favor, señor, no tenemos malas intenciones. Tan solo le ruego que...

—El niño parece estar enfermo, señora. Quizá deba alejarlo de los demás pasajeros.

—Él está bien. Usted lo está asustando. Eso es todo.

—Si no tiene nada que esconder, entonces no tiene nada que temer. Se lo aseguro. —El hird le devolvió la tarjeta—. Solo nos interesa que se obedezca la ley y que todos los judíos y quienes no tengan sangre pura se registren como tales ante el Estado. Ahora, insisto en que debe tomar a su hijo y esperarme adentro. Resolvemos este pequeño asunto al llegar a Mael.

La mujer, visiblemente alterada, batalló para recoger sus pertenencias y, tras tomar de la mano a su hijo, lo guio a los asientos de tercera clase. Un hombre que estaba cerca se puso de pie y la ayudó a tomar sus cosas. Era difícil no percibir la agitación que se había apoderado de su rostro. Era muy probable que sus papeles estuvieran en regla. Quizás era judía o gitana. Nordstrum había oído que habían empezado a acorrallar a esas personas y a enviarlas a lugares como Grini, un campo vigilado a las afueras de Oslo, y a unas cuantas más las enviaban a lugares más lejanos en Europa, quién sabe dónde. Quizá la mujer estaba huyendo hacia las montañas con su hijo para ocultarse. Quizás había alguien que los recibiría ahí. De cualquier forma, no eran una molestia para nadie. Nordstrum miró hacia la orilla. Habían recorrido tres cuartos del camino; tenían media hora o poco más por delante. La pequeña parada del ferry en Mael, metida bajo las montañas, ya se alcanzaba a ver a babor.

—Hijo de puta. —Jens rechinó los dientes con desesperación—. Usa su poder para aterrorizar a una mujer inocente. —Miró a

Nordstrum con una especie de brillo de entendimiento y complicidad en los ojos, un mensaje silencioso que ambos comprendieron de inmediato. «¿Estás dispuesto a hacerlo?».

Nordstrum, también alterado por el quisling, contestó a la mirada con resignación, como si fuera incapaz de frenar lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Por qué no? Vamos.

Jens sonrió.

—¡Eso es todo!

Nordstrum se puso de pie. Llamó la atención del oficial agitando los brazos y pidiéndole que se acercara con un gesto. Nordstrum y Jens dieron unos pasos hacia la popa, donde no había otros pasajeros.

El hird se acercó a ellos.

—¿Sí?

—¿Estaba usted preguntando por esa mujer? —dijo Nordstrum—. Yo la conozco. Si quiere, le puedo dar los detalles.

—Existen recompensas para buenos ciudadanos como ustedes. —Los ojos del quisling comenzaron a brillar porque sin duda se imaginaba los favores que recibiría por descubrir y entregar a una gitana o judía que había escapado.

—Acérquese, entonces. —Nordstrum hizo un gesto para atraerlo hacia el barandal, con Jens un paso atrás—. No todo el mundo piensa lo mismo. No quiero que nadie más nos escuche.

La brisa, cortante y helada, agitó el lago. La mayoría de los pasajeros estaban adentro bebiendo café o tomaban el sol a la mitad de la embarcación. Una pareja fumaba un cigarrillo en la segunda cubierta, cerca de la chimenea trasera; el poderoso viento les alborotaba el cabello.

—Somos obreros. La hemos visto en Oslo, como ella dice. —Nordstrum se inclinó hacia él.

El quisling se le acercó aún más.

—Continúe...

Las dos personas en la segunda cubierta se habían dado vuelta y ahora señalaban las montañas. Los ojos de Nordstrum se encontraron con los de Jens, y luego se acercó más al quisling.

—Bien, verá... el asunto es que...

Desde atrás, Jens levantó por los aires al oficial, que apenas si tuvo tiempo para darse cuenta de lo que ocurría.

—¿Qué demonios...?

—Esta es tu recompensa —dijo Nordstrum mientras lo tomaba de las piernas—. Disfruta el chapuzón.

Lo cargaron hasta el barandal. El hird pataleó y lanzó un grito que se ahogó en el viento. Lo alzaron, mientras él agitaba los brazos con frenesí y retorció el rostro por el pavor y la sorpresa. Lo pasaron por encima del barandal y lo dejaron caer al gélido lago.

El alarido del quisling quedó enmudecido por el pesado movimiento de los motores, mientras el *Telemark Sun*, que avanzaba a diez nudos por hora, se alejaba cada vez más.

—¡Y Heil Hitler para ti también! —le gritó Jens con el brazo extendido.

Apenas si se escuchó un ruido cuando el hombre golpeó el agua.

No obstante, alguien pareció verlos desde la cubierta. De pronto, se escucharon gritos.

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!

En la cubierta superior, la gente corrió hacia el barandal y empezó a señalar. La alarma se activó, con un estruendo que crecía en espirales vertiginosas. Los pasajeros se apresuraron a ver qué sucedía.

Las heladas aguas de marzo no podían estar a más de cero grados, supuso Nordstrum. Combinadas con el peso del empapado abrigo del quisling, que jalaba al hombre hacia abajo, no permitirían que siquiera el más dotado de los nadadores resistiera más de un par de minutos antes de sucumbir.

La gente gritaba ya y señalaba hacia el agua.

—¡Sálvenlo!

Dos miembros de la tripulación corrieron hacia la popa; uno de ellos cargaba un salvavidas e iba desenrollando una soga. Con un gesto de absoluta valentía, trepó el barandal y se preparó para lanzarlo.

—¡Resista! —le gritó al hombre que se ahogaba. Pero lanzar la ayuda ya no tenía caso, estaban demasiado lejos.

Los motores de la embarcación bajaron la velocidad mientras el ferry cambiaba de dirección. La gente corrió hacia la cubierta inferior, y tanto pasajeros como tripulación apuntaban hacia el agua mientras el quisling se retorció y luchaba contra el peso del abrigo y las medallas que lo hundían.

—¡Que alguien haga algo! —gritó una mujer—. ¡Ayúdenlo!

—¡Es el quisling! —dijo alguien más.

—Ah, dejen que el desgraciado nade entonces.

Un miembro de la tripulación se quitó la chaqueta, listo para zambullirse. Nordstrum lo contuvo.

—Déjalo en paz.

—¿Dejarlo en paz, señor? —El miembro de la tripulación parecía anonadado—. Ese hombre se está ahogando.

—No se está ahogando. —Nordstrum se encogió de hombros—. Está nadando. —Cuando el confundido marinero lo miró desconcertado, Nordstrum repitió—: Déjalo en paz.

En los minutos que le tomó al ferry dar la vuelta completa y volver, el quisling había desaparecido. Lo único que quedó de él fue su gorra gris de oficial, que flotaba en la superficie.

—Se ha ido —dijo una mujer mientras se persignaba.

El capitán, un hombre con una espesa barba gris y un suéter grueso, por fin bajó del puente de mando.

—¿Qué demonios pasó aquí?

Nordstrum se encogió de hombros y miró al marinero a los ojos.

—Quería nadar. ¿Quiénes somos nosotros para negárselo?

—¿Nadar...? —El capitán le dirigió una mirada furiosa y acusadora—. Te esperan serias consecuencias al llegar a tierra.

—Era un quisling de mierda —dijo Nordstrum—. ¿Algún problema?

La gente empezó a congregarse en las cubiertas principal y superior; todos observaban atentos.

Los ojos del capitán se movieron despacio hacia el punto en el agua en donde el cuerpo del oficial se había hundido. Luego miró de nuevo a Nordstrum y escupió al lago.

—Ningún problema —contestó. Nadie hizo un solo ruido—. A toda marcha —gritó en dirección del puente—. Tenemos un horario que cumplir.